

PROLEGOMENOS DE UNA TEORIA SOBRE LA CREENCIA**

Dr. J. Fursay-Fusswerk*

Summary

Due to evident historic reasons, psychiatry has only been able to emerge as a science when it invaded the grounds dedicated till then to philosophy and theology. But the change from a tautologic or supernatural explanation to a theoretical one based in experimentation and in a rationalization of the various hypothesis dates only from the end of last Century in the sciences called humane, and there are complete fields of psychology that have escaped till now to a necessary scientific investigation. There is an important field which few psychopathologists have studied: that of beliefs, either individual or collective, either because the universal faculty of believing has been related to the supernatural and therefore, has essentially escaped the psychiatric analysis, or because belief and its epiphenomena has been considered only as a characteristic of thought.

However, since 1926, in its work "From distress to extasis; beliefs and feelings", Pierre Janet studied the problem of the nature of beliefs, either particular or collective, and supporting his theory in the years he dedicated to the medical practice, he diagnosed that "the strength of a belief cannot be measured by its value or its truthfulness, but only by the interest of the believer in its belief". According to him, the feeling of excitement linked to beliefs, gives the psychological strength which he considers as an elemental dynamism which we could call in actual language, instinct.

As can be seen, with Janet belief descends from its pedestal of supernatural faculty, to enter into the field of rational study. Therefore, if psychopathology has been able to study belief, many sciences have been able to study this problem within their respective fields: in sociology Gabriel de Tarde or Gustavo Lebon; in anthropology Claude Levi-Strauss, in ethology Lorenz or Droscher; in biology Jacob or Monod, are only some examples.

All these sciences mention many facts and observations which show that man builds its universe on two different and parallel plans: that of thought subject to the uncertainty of rationality, and that of beliefs subject to the uncertainties of suggestibility and mental contagion. This has been stressed in a lapidary phrase: "Both aspects, rational and irrational in man, are irreducible one from the other".

If it has been necessary to wait until the beginning of the XX Century for the appearance of the first works studying thought as a cerebral mechanism; we believe that the evolution of discoveries in neurophysiology permits the formulation of some hypothesis regarding the scientific fundamentals of believing.

After the works of Mac Lean and the latest discoveries in neurophysiology and neurobiology, we think it is possible, after recognizing the existence of that adhesive mechanism independent from reason, which is belief, to state the following hypothesis: while the *homo sapiens*, with an age of 100,000 years at the most has learned slowly how to use its neurocortex, and thanks to thought, arrived to intellectualization and

to rationalism, the homo branch had only its paleoencephalous and its instincts as a weapon of an indisputable efficacy, which all of us can ascertain.

But as neurophysiologists have shown, we remain in many fields subject to our paleoencephalous because man remains under the double and different dominance of both parts of its brain, which he can use in two ways: that of belief and that of thought.

This distinction, which recognizes that one of the motors of human behavior has been ignored until today by investigation, leads us to a revision of many of the human sciences, but imposes itself, in the first place, in psychology and psychopathology.

Resumen

El hombre se apropia su universo sobre dos planos distintos y paralelos: el del pensamiento sometido a las incertidumbres de la racionalidad, y el de las creencias, sometido a las incertidumbres de la sugestionabilidad y del contagio mental. Esto es lo que el profesor Jacob enuncia en una notable fórmula lapidaria: "Los dos aspectos, racional e irracional del hombre, son irreducibles el uno al otro".

Si ha sido necesario esperar hasta principios del siglo XX para que aparezcan las primeras obras que estudian el pensamiento como un mecanismo cerebral, nosotros estimamos que la evolución de los descubrimientos en neurofisiología permite formular desde ahora algunas hipótesis sobre los fundamentos científicos del creer.

Tras los trabajos de Mac Lean y de los últimos descubrimientos en materia de neurofisiología y de neurobiología, nos parece posible, después de reconocer la existencia de ese mecanismo de adhesión, independiente de la razón, que es el creer, plantear la siguiente hipótesis: Si el *homo sapiens*, con una edad de 100 000 años cuando mucho, ha aprendido lentamente a utilizar su neocortex, y gracias al pensamiento, llegar a la intelectualización y a la racionalización, la rama homo no tuvo, durante millones de años, más que su paleoencéfalo y sus instintos como armas primordiales de una indiscutible eficacia, y cada uno de nosotros puede atestiguarlo.

Pero, como lo han demostrado los neurofisiólogos, permanecemos, en muchos terrenos, sujetos a nuestro paleoencéfalo, y esto porque el hombre permanece bajo la doble y distinta dominancia de las dos partes de su cerebro, que puede a la vez utilizar bajo dos maneras de apropiación del mundo: la CREENCIA y el PENSAMIENTO.

Esta distinción que reconoce que uno de los motores del comportamiento humano fue ignorado hasta ahora por la investigación, conduce a una revisión de muchas de las ciencias del hombre, pero se impone, en primer lugar, en psicología y en psicopatología.

Introducción

Si se acepta que el hombre es capaz de apropiarse una idea, un concepto o un sistema (ya sea fundado o no) sin que intervenga su inteligencia o su reflexión, y

Salud Mental V. 8 No. 4 diciembre 1985

*Profesor en la Sorbona. París.

**Traducción de H. Pérez- Rincón

que esta facultad biológica concierne a mecanismos instintivos primordiales e independientes de los mecanismos intelectuales propios de la racionalidad, es posible que nos escuchen, aunque sea distraidamente.

Pero si se profundiza en esta teoría y se encuentra que esta capacidad de adhesión sin reflexión se llama CREER y que conduce a las CREENCIAS, entonces el interlocutor piensa en las creencias religiosas y en la fe, y convencido de que estos terrenos sobrepasan al hombre y no deben ser del dominio del científico, resulta que uno no puede hacerse oír legítimamente.

Por ello, y a fin de evitar ciertas prevenciones y habituales reticencias, pediría al lector considerar que el inmenso terreno de las creencias no está circunscrito a las religiones. En cuanto a las religiones mismas, debe considerarse que a lo largo de las edades se han registrado 32 religiones principales, y que hasta ahora Amon-Ra, con sus 40 siglos de veneración, detenta el record absoluto de longevidad divina.

Es un hecho que hubo una época en la que el estudio de la geología y de la biología dio nacimiento a descubrimientos que contradecían dolorosamente los catecismos. Un sencillo naturalista sin ideas preconcebidas, que puso en duda la genealogía humana, atrajo las peores tormentas de las iglesias. Nos gustaría que esos tiempos estuvieran lejanos, pero además hay que reconocer objetivamente que la ciencia nunca ha perturbado por largo tiempo a las religiones.

Actualmente, cuando las teorías sobre los continentes a la deriva o sobre el *Big Bang* original ya no son consideradas como refutaciones insoportables del Génesis bíblico, se admite que estudiar los mecanismos instintivos de la sexualidad no devalúa de ninguna manera los fundamentos del amor humano.

De la misma manera es necesario reconocer que el estudio de un mecanismo instintivo de adhesión —que llamamos EL CREER, a falta de otro término apropiado, y que corresponde exactamente a la definición que hemos dado— corresponde a una empresa científica portadora de esperanzas, y no a una pretensión sulfurosa tendiente a oponerse a tales creencias particulares o generales, religiosas o no.

Hay un punto sobre el cual debemos insistir. Se debe reconocer la existencia de este fenómeno biológico de origen instintivo, de esta función inherente al espíritu humano, que es el creer.

El que haya creencias contradictorias, racionales e irracionales, no quiere decir que se les pueda juzgar o se les considere en sí como una alteración, sino que, por lo contrario, consideramos al hombre como biológicamente constituido por el creer.

En consecuencia, el estudio del creer no deberá oponerse a las creencias, sino permitir distinguir lo que en un mismo individuo concierne al CREER de lo que concierne a la comprensión. Hay que reconocer que la toma de conciencia por los científicos de tal diferenciación biológica permitirá progresar en múltiples disciplinas, abrirá nuevos horizontes en psiquiatría y modificará de manera radical nuestra concepción del estatus del ser humano.

Lejos de ser el estudio de las creencias o de las religiones, es la práctica cotidiana de la psiquiatría lo que

nos ha conducido a formular nuestra teoría del creer. En efecto, el médico, el psicólogo y el psiquiatra, que hacen del hombre doliente un objeto de estudio y de interés constante, saben bien que si sus conocimientos son muy limitados, disponen felizmente de misteriosos poderes que benefician a sus pacientes. Por honestidad intelectual, estos profesionistas rehúsan glorificarse al ocultarse tras de una fraseología puramente tautológica, y no admiten que lo misterioso permanezca inexplicable. Bajo el pretexto de que lo importante es curar y que las explicaciones de esta curación son accesorios, constantemente confrontan fenómenos que, aunque inexplicados, están en el centro mismo de su práctica médica.

¿Qué médico, psicólogo o psiquiatra no se ha interrogado ampliamente sobre la historia, la multiplicidad y la innovación en materia terapéutica? Ser investido por aquellos que sufren, del poder de curar, es desde los asclepíades una responsabilidad no exenta de interrogaciones. Las curaciones obtenidas por la sugestión, las prácticas médicas, los tratamientos por placebos, plantean tantas dudas como la increíble convicción de los delirantes o la alteración de la individualidad dentro de la multitud, en la que cada uno parece llevado por el contagio mental.

Estos fenómenos capitales escapan a la explicación racional en tanto que no se admita que existen 2 formas de aprehensión mental: LA REFLEXION Y EL CREER, de la misma manera que paralelamente a la inteligencia permanece siempre el instinto.

Si a pesar de las vicisitudes y los obstáculos he osado formular una teoría sobre el CREER, y si he perseverado en mis investigaciones —aunque a veces descorazonado por ese diálogo de sordos en el que yo trataba de hablar del CREER, en tanto que mis interlocutores sólo parecían querer escuchar sobre las creencias (casualmente sus creencias personales)— es que siempre me he considerado próximo a las ideas de Pierre Janet y he reexaminado sus escritos a la luz de los recientes descubrimientos relativos al cerebro humano.

En efecto, un examen crítico de su obra, que la moda del freudismo ha hecho desconocer injustamente, muestra que ha abierto una vía de investigación fundamental al subrayar el papel esencial de la creencia en la psicopatología y en la evolución de las sociedades. Al no poderse apoyar en la neurobiología de su época, trató, no obstante, de ligar la creencia con la actividad cerebral pero, al igual que Freud, sabía que sus explicaciones teóricas no podrían ser sino momentáneas, dejando ambos a la biología la tarea de concluir sus trabajos.

Uno de los grandes méritos de Janet fue el haber comprendido que si las creencias son el fundamento mismo de las sociedades, las creencias particulares son, sin duda, el fundamento mismo de una personalidad.

Se podría decir, apenas simplificando, que para Janet la historia de las sociedades humanas es la historia de las creencias, y que nuestras actuales creencias religiosas y filosóficas no son sino secuelas racionalizadas de antiguas creencias; creencias que tienen por tema la existencia de dioses, la supervivencia tras la muerte y la necesidad de dar reglas morales. Podríamos seguir a Pierre Janet en este terreno, pero el estudio de

las creencias primitivas y de su evolución socializada no es nuestro propósito. Preferimos esta constatación del gran psicopatólogo que fue: "La fuerza de una creencia no se mide ni por su valor ni por su veracidad, sino solamente por el interés del creyente por su creencia".

Más iconoclasta aún, Janet afirma que el sentimiento de excitación, ligado a las creencias correspondientes a las ideas superiores (Dios, la inmortalidad, la supervivencia del espíritu) se nutre de la fuerza psicológica que contempla como un dinamismo elemental que actualmente otros llamarían instinto. A veces fingimos olvidar el papel fundamental de estos instintos que aseguran tanto la supervivencia del hombre como la del animal, por nuestro deseo de privilegiar el estatus específicamente humano de pensar y de reflexionar. "El hombre es el único animal que sabe que morirá". Su pensamiento y su reflexión se lo enseñan pero, felizmente, el instinto vital se las ingenia para hacerse lo olvidar a cada instante.

A diferencia de Janet, ahora sabemos un poco más sobre los mecanismos cerebrales y hemos aprendido el rol determinante del paleocortex en los mecanismos instintivos y en los mecanismos de adhesión.

Si los neurofisiólogos nos han mostrado que el neocortex, sede de los mecanismos de la razón y de la comprensión, dirige al ser humano menos de lo que hemos creído en un principio, esto no debería sorprendernos. Finalmente, este neocortex del que estamos tan orgullosos y el que la ciencia muestra que no sabemos aun utilizar en toda su capacidad, no deja de ver amenazada su primacía, su papel director, por el rinencéfalo, que con sus 2 ó 3 millones de años de existencia, lo aplasta por sus apenas 100 mil años de edad. Más aun, porque este cerebro antiguo —llamado reptilio— puede enorgullecerse de un éxito incontrovertible, pues ha permitido a los homínidos el sobrevivir, perpetuándose en las peores condiciones durante millones de años, atravesando victoriosamente increíbles perturbaciones climáticas y geológicas hasta la aparición de ese recién nacido que es el *homo sapiens*.

De la misma manera que la creencia ha precedido al conocimiento, los mecanismos nerviosos de la adhesión se han establecido previamente a los de la reflexión.

Además, inclusive si el *homo sapiens* ha demostrado desde sus orígenes las notables cualidades de su neocortex, y cómo fue capaz de progresar en su comprensión racional del universo, convengamos con humildad en que es más natural y más espontáneo recurrir a lo sobrenatural, que sobrepasarlo para fundar las ciencias matemáticas y físicas.

Porque si todos los hombres aceptan las explicaciones que se les dan para legitimar lo aparentemente incomprensible, raros han sido los que han sido capaces de sobrepasar estas explicaciones para buscar nuevas, plegándose a las exigencias de la racionalidad y de la evolución de las ciencias.

Si yo me he apoyado en trabajos recientes de los especialistas del cerebro para intentar un enfoque explicativo y neurobiológico del fenómeno que es el CREER, no ha sido la neurobiología la que me ha conducido a tomar conciencia de que, paralelamente a las facultades rasonantes, existían mecanismos de

adhesión, sino que simplemente el hecho de que fuera de ese fenómeno primordial no se puede captar la multiplicidad del hombre a la cual está continuamente confrontado el psiquiatra.

Debido a mi deseo de que la neurobiología nos permita finalmente comprender mejor lo humano, deploro que los neurobiólogos no sean aún capaces de detallar los mecanismos instintivos de la adhesión. Sin embargo, tengo la confianza de que lo lograrán, sobre todo cuando pienso en los inmensos progresos alcanzados en un siglo y medio: Fue apenas en 1840 cuando Hanover colocó por vez primera un fragmento de tejido nervioso dentro de una solución de ácido crómico con el fin de endurecerlo y poder practicarle cortes finos.

De esta manera, por no poder llegar al fondo mismo del problema por el hecho de que la neurobiología es una ciencia tan nueva, mi enfoque del creer debe ser multidimensional (médico, terapéutico, filosófico, psicosocial, histórico, etnológico, sociológico y antropológico). Si he intentado esta imposible síntesis interdisciplinaria es porque los grandes maestros de estas especialidades han debido tratar bajo algún aspecto el fenómeno de la creencia, pero también porque espero que este enfoque global conducirá al hombre a tomar finalmente conciencia de sus capacidades reales y a asumir frente a sí mismo una posición más adecuada.

Evidentemente, el reconocimiento de la teoría del CREER y de la hipótesis biológica que propongo, se adhieren a la concepción monista del espíritu humano. Por su naturaleza misma, el enfoque científico se opone a los postulados dualistas y a sus implicaciones filosóficas o religiosas. Es necesario admitir que ha pasado el tiempo en el que por sumisión a las ilusiones dogmáticas, la actividad psíquica era considerada de una esencia particular. Bajo el peso de las evidencias biológicas, los dualistas reconocen, no sin repugnancia, que la mayor parte de las actividades psíquicas resultan de las reacciones físico-químicas cerebrales. Pero sostienen con una obstinación irracional que una parte esencial del psiquismo escapa por su naturaleza misma a la investigación científica. Por mi parte, como tantos otros, admito que el espíritu humano es dependiente de los mecanismos cerebrales y completamente reducible a su base material encefálica.

En tanto que el hombre no admita y reconozca que su cerebro productor de imágenes, percepciones, ideas, sentimientos y gestos, deba ser estudiado bajo una luz monista, se encerrará voluntariamente dentro de las prisiones estrechas de lo irracional, manteniéndose bajo el yugo constante de lo motivacional, pensando, erróneamente, preservar la más alta imagen que pueda hacerse de sí mismo.

Nos parece gracioso que se tache frecuentemente a los científicos de reduccionistas por rehusarse a que el espíritu humano pueda permanecer como *terra incognita*, so pretexto de que uno de sus compuestos sería inmaterial y sobrenatural. Ya hay bastante maravilla en el paso de la amiba al hombre, del *Big Bang* original a la inmensidad del universo, de lo inanimado a lo viviente, para tenerle que agregar más. Más aún, examinar el cerebro humano rechazando los seductores fantasmas

dualistas, nos parece que engrandece al hombre de la misma manera que lo hizo Darwin al ligarnos directamente con una raigambre única, del animal al *homo sapiens*, dando así al hombre civilizado sus verdaderas pruebas de nobleza.

Pero este reconocimiento del cerebro humano como sustrato totalizador del espíritu humano, implica el reconocimiento del creer para ser congruente.

En efecto, los sempiternos detractores de la razón, al argüir las innumerables dificultades y extravíos de nuestras civilizaciones, así como la extrema lentitud de los progresos humanos y la incapacidad de los hombres para arreglar los problemas más evidentes y cruciales, siempre podrán hacer prevalecer sus "explicaciones" recurriendo a lo sobrenatural. El estado del mundo y la incapacidad del hombre para sobrepasar las contradicciones milenarias, parecen, en efecto, abogar en favor de aquellos que ven en los fracasos repetidos de la racionalidad la prueba misma de la existencia de lo irracional y lo sobrenatural.

En tanto que no se admita que el hombre posee 2 maneras biológicas de apropiarse sus ideas:

- El conocimiento que recurre al razonamiento y a la experiencia, perpetuamente sujeto a las dudas de la racionalidad.
- La creencia, resultante del mecanismo instintivo que escapa a los argumentos racionales y que es por ello el motor más potente de los comportamientos humanos,

se escapará a toda explicación biológica y permanecerá bajo la influencia de un arcaico sobrenatural.

Lo que ha oscurecido largo tiempo el estudio de este problema, por lo que se ha descuidado, es que a partir del siglo XVIII, cuando la racionalidad se puso al servicio de la ciencia, los sabios pensaron que el conocimiento se oponía a la creencia, y que ésta podía ser debida a la ignorancia, al error o a la superstición; que estaban en el amanecer de tiempos nuevos y que con la acumulación de los conocimientos verían desaparecer las creencias. Ignoraban, precisamente, que el saber y la creencia, aun oponiéndose, no se anulan entre sí.

Esta coexistencia paradójica del CREER y del SABER, en el humano, inclusive cuando los conocimientos y las creencias se oponen radicalmente sin destruirse en el mismo individuo, fue notada por muchos autores en sus terrenos específicos cuando debieron tratar sobre el papel fundamental de las creencias frente al terreno de sus investigaciones.

"Si se quiere ver claramente en psicología", proclamaba Gabriel de Tarde, "la primera cosa que hay que hacer es desenredar dentro de las innumerables combinaciones de elementos heterogéneos que nos ofrece, la presencia de 2 cantidades irreductibles que se pueden llamar como se quiera, pero que yo prefiero nombrar creencia y DESEO. En tanto que no se aislen por abstracción estos dos elementos simples y siempre inextricables, mezclados entre sí y con algún elemento afectivo, la psicología permanecerá en el estadio de la química antes del aislamiento del oxígeno".

Esto es por lo que respecta a la psicología, en tanto que para la etología, Vitus Droscher confirma que "el momento en el que el instinto y la razón entran en

conflicto, casi siempre significa, desgraciadamente, que la razón se pone al servicio de la impulsión aunque se imagine gobernarla".

Claude Levi-Strauss anota que para la antropología "lo que puede explicar a los ojos de un investigador científico la existencia de la religión, su universalidad, su antigüedad y el lugar que ocupa en el espíritu humano, es la imperfección de los mecanismos cerebrales e intelectuales en relación a la tarea que deben cumplir".

Desde su cátedra del Colegio de Francia, Théodule Ribot se sorprendería de ver "a un espíritu superior, especializado en los métodos severos de las ciencias, admitir en materia de religión, política y moral, opiniones infantiles que no se dignaría discutir un solo momento si no fueran las suyas propias".

Por cuanto a la filosofía, detengámonos en este célebre análisis de Bergson: "Relacionar la religión con un sistema de ideas, con una lógica o con una prelógica, sería considerar como intelectuales a nuestros más lejanos ancestros; intelectuales como debería haber más entre nosotros. La verdad es que la religión, al ser coextensiva a nuestra especie, debe estar relacionada con nuestra estructura".

Es lo que Gustave Le Bon explica así desde el punto de vista del sociólogo: "En sus concepciones científicas, los sabios son guiados por la lógica racional; en sus creencias, obedecen a las leyes de la lógica mística o afectiva".

Pero es al Profesor Jacob, premio Nobel de medicina, al que debemos esta fórmula lapidaria: "Los dos aspectos, racional e irracional del hombre, son irreductibles entre sí", que abre horizontes de grandes consecuencias dado lo irreconciliable de esta dicotomía del espíritu humano.

Habríamos podido acumular las citas de pensadores tan diversos como Charcot o Lorenz, Rostand o Mc Lean, Robert Debré o Frazer, que muestran que cada uno, dentro de su campo, ha confrontado la problemática fundamental de la creencia como un apoyo para explicar al hombre, a las sociedades y a la evolución de las civilizaciones.

De la medicina a la antropología, de la etnología a la sociología, de la etología a la psicología, de la sociobiología a la psiquiatría, no hay ciencia que no tenga que introducir el fenómeno de las creencias y el instinto de adhesión como una dinámica fundamental del comportamiento.

Hay un hecho que se ha considerado falsamente como banal y evidente: que creer es una constante universal. Esta universalidad ha perdurado a través de los siglos y de las civilizaciones, remontándose hasta los orígenes mismos del hombre, por lo que creencia y humanidad son insolubles.

Es aún más notorio que no se haya concluido que *creer es un fenómeno biológico, inherente al cerebro humano*.

Si esta consecuencia no ha sido formulada antes se debe, en parte, a la falta de una neurobiología más completa, pero los hechos y los efectos acerca de la creencia son tan patentes que desde hace mucho tiempo debería haber existido una teoría del creer. Es evidente el peso histórico y el papel de las creencias

antiguas y dogmáticas en la evolución de las fuerzas sociales.

Los hombres sujetos a sus creencias y divididos por ellas, las consideran a veces como el símbolo mismo de su libertad, y no han podido captar objetivamente el fenómeno de creer y ver en ello una constante biológica simplemente porque desde hace miles de años el hombre ha encontrado sus motivaciones en un universo físico y mental que reposa sobre las creencias.

Estas creencias, consideradas como explicaciones del hombre y del universo, basadas sobre lo sobrenatural, se han beneficiado de un estatus particular que, por definición, escapaba a la investigación y al conocimiento. ¿Cómo se habría pensado en analizar el creer cuando el fenómeno era apreciado como de una esencia superior y reservado únicamente a los comentarios de los filósofos y los teólogos?

Estas formas particulares de creencia —las que Pierre Janet consideraba como las creencias primitivas— se han convertido en las religiones institucionalizadas, que por su peso psicológico y sociológico han impedido, de alguna manera, todo estudio sobre el creer, considerado como una facultad fuera de la materialidad por temor a un profundo cuestionamiento del imperio de las “revelaciones” y de las “verdades teológicas”.

Sobre todo no hay que contemplar las creencias institucionalizadas como epifenómenos sin consecuencia. Todas las grandes civilizaciones del pasado reposaban sobre cosmogonías divinas. Así, el imperio inca se dejó destruir por un puñado de aventureros, pues su creencia lo había llevado a considerarlos como dioses venidos a restablecer su supremacía. Estos conquistadores nunca habrían podido aniquilar la cultura de un vasto continente si no hubieran tenido el creer por arma y las creencias por aliadas.

La historia muestra que el hombre ha disputado tanto por sus creencias (y no solamente las religiosas), que ha buscado destruir las ajenas pensando así justificar las propias, que ha invertido tanto en ellas, seguro de verlas como la parte más elevada de sus convicciones, que ha omitido interrogarse sobre el fenómeno mismo.

Ahora mismo, en un siglo en el que el hombre pretende fundar sus experiencias sobre la ciencia y la técnica, siempre se es más escuchado cuando se debaten los conceptos en las brumas de lo irreconocible: de la metafísica a los dogmas freudianos, de las religiones racionalizadas a los sistemas filosóficos. Seríamos menos escuchados si humildemente dijéramos que el hombre sólo es misterioso en la medida en que la biología humana lo es. Pretender que nunca se podrá comprender al hombre y querer preservarlo, aun actualmente, un estatus de inmaterialidad a lo que sólo es biológico, es una trágica puerilidad.

Rehusarse a aceptar la idea de que el estudio de los mecanismos cerebrales conducirá a la comprensión de todo el espíritu humano, equivale a encerrarse deliberadamente dentro de la caverna platónica para tratar de las apariencias más que de las realidades a fin de aprisionar al hombre dentro de sus contradicciones. Considerando el inmenso potencial destructor del que está dotada la humanidad, se puede temer seriamente que un apocalipsis nuclear venga a poner término a la

aventura humana porque una vez más —la última— el hombre habrá sido engañado por sus instintos de adhesión, que habrá tomado por sus facultades racionales, incapaz como es de distinguir la creencia irracional del conocimiento racional.

Si ha sido necesario esperar hasta principios del siglo XX para que dos sabios, Piéron y Lhéritte, titularan una de sus obras “Pensamiento y Cerebro”, se habría podido pensar que los descubrimientos en neurofisiología y en neurobiología, al revolucionar nuestro enfoque de lo humano, habrían despertado el entusiasmo y convertido a las mentalidades. A pesar de todos estos progresos hay que constatar que no ocurrió así, y que el hombre prefiere todavía debatir teorías especulativas sobre el pensamiento, más que dedicarse a las ciencias que pretenden comprender los mecanismos que lo regulan.

El hombre, orgulloso de poseer el más perfeccionado de los cerebros, parece temer, a causa de su omnipotencia egocéntrica, ser objeto de estudio para los científicos.

Si el hombre legitima su supremacía en la facultad de pensar, por ejercer su reflexión y sus capacidades de razonamiento, mezcla bastante vanidad a su orgullo, pues el pensamiento no es siempre sinónimo de reflexión. Puede fijarse sobre cualquier especie de objeto, de la sensación al sentimiento y de la ensoñación a la creencia. Si en cada uno de nosotros las creencias y los conocimientos se mezclan tan íntimamente, es porque el pensamiento, e incluso la reflexión, intervienen igualmente en estas dos maneras distintas de apropiación de nuestras ideas.

No hay que equivocarse, la creencia, aun siendo errónea e irracional, puede ser objeto de reflexiones y de justificaciones racionalizadas. No les faltaban argumentos a quienes demostraban lo aplanado de la tierra o la generación espontánea. Lo que diferencia al creer del saber (además de que la creencia se adquiere instantáneamente, sin esfuerzo, y de que resiste a las contradicciones racionales más evidentes), es que en la base misma de estos mecanismos que llamamos “el creer”, se encuentra esta especie de salto fundamental que consiste en una adhesión de todo el ser a un concepto, a una noción, más allá de toda certeza demostrable y verificable.

Si el homínido no hubiera podido disponer de esta capacidad de adhesión para conciliarse con el universo hostil e incomprensible que lo rodeaba cuando sus instintos —a diferencia de los del insecto— ya no lo encadenaban a un comportamiento sin cuestionamiento, ciertamente que no habría podido sobrevivir. Esto es tan cierto como que los mecanismos de adhesión parecen confundirse con lo que se ha convenido en llamar el instinto vital.

Esta evidente y perturbadora coexistencia del creer y del saber, de una lenta y dificultosa comprensión reflexiva, paralelamente a una adhesión instintiva a conceptos tan oscuros como irracionales, no es sorprendente encontrarla en los más grandes pensadores, y esta increíble dicotomía de un mismo espíritu subraya la importancia primordial del problema de la creencia. Fuera de su campo, el pensador con un racionalismo

muy afirmado puede ser víctima de las creencias más aberrantes, convertido de pronto en un ser impermeable a los argumentos racionales.

No se puede explicar, rechazando las bases biológicas del creer, a un Víctor Hugo interrogando incansablemente a los muertos ilustres; a Cabanís volviéndose el chantre del mesmerismo y el apóstol apasionado del magnetismo, a Pierre y Marie Curie, convencidos por el medium Paladino de sus ejercicios de levitación y sus apariciones de ectoplasma.

Antonio Machado capta más directamente el fondo del problema y subraya ese juego mortal del escondite entre el conocimiento y la creencia: "Atrás de todo lo que se piensa se encuentra lo que se cree, y hay hombres tan profundamente divididos que creen lo contrario de lo que piensan".

En tanto que los estudios sobre el hombre no reconozcan la necesidad de diferenciar la apropiación pulsional de la adhesión de la apropiación intelectual racionalizante, con sus mecanismos neurofisiológicos propios, permanecerán reducidos a la necesidad de enfilar la proa hacia la sombra. Por el contrario, si las ciencias humanas consideraran en todo individuo este cabalgamiento entre creencia y conocimiento, entre racionalidad y adhesión, el hombre sería más fácilmente descifrable.

Obstinarse en querer estudiar al hombre fuera de la creencia, es contentarse con un espejo deformante e impedir explicitar la fuerza de las creencias irracionales, como ocurre en el contagio mental y muchas otras formas de procesos curativos.

Por ejemplo, las prácticas mágicas —este placebo de los primitivos— curan o matan a aquel que cree en sus poderes, sometiendo su existencia a los *diktats* de lo sobrenatural que venera. Este es un hecho indiscutible que confirman todos los etnólogos y antropólogos. No fue una coincidencia el que Charcot, poniendo en práctica las lecciones de Bernheim sobre la sugestión, fuera el primer psicopatólogo en contemplar el estudio científico de las curaciones milagrosas. Al descubrir que el hombre sugestionado se mostraba dotado de poderes de autocuración, se interrogó sobre las múltiples curaciones hasta entonces inexplicables para la ciencia médica.

La sugestión existe, sus poderes son reales. Ningún terapeuta lo duda. Pero el nombrar un fenómeno y deducir sus posibles manifestaciones, estudiar sus efectos y utilizarlos, no quiere decir haberlo explicado. Cubrir la sugestión con un púdico manto fraseológico por temor a descubrir la dependencia de nuestras conductas más elaboradas a los mecanismos neurofisiológicos, es tal vez conducirse como filósofo y aceptar un *a priori* anticientífico. Es difícil aceptar que el hombre sea autosugestionable por la existencia de una neurobiología que sostiene al fenómeno. Como lo proclamaba de Clérambault en sus estudios: "La personalidad segunda del sugestionado brinda datos sobre el inconsciente visceral y sobre el preconsciente intelectual y afectivo".

La sugestionabilidad, tan íntimamente ligada con la facultad del creer, puede modificar la fisiología, como se ha demostrado con estos placebos que tomados en

lugar de los anestésicos y en condiciones apropiadas, podían desencadenar reacciones endorfinas bloqueando los mecanismos del dolor.

Hay que recordar que los primeros estudios médicos sobre el hipnotismo, efectuados por Bernheim y Charcot, descubrieron que el hombre podía actuar, hablar, actualizar recuerdos hasta entonces ocultos, sufrir por una orden males imaginarios, pero igualmente curar de trastornos perfectamente reales, dentro de un estado psicofisiológico particular que excluye a la plena conciencia.

En esa época, el médico no se imaginaba que estuviera investido de poderes sobrenaturales, como el chamán y el brujo, y se limitaba a constatar los hechos, a registrarlos en vista de una teoría, ocupado, antes que todo, en obtener curaciones, pero científicamente desarmado frente a esos fenómenos misteriosos que utilizaba sin poderlos explicar. Los grandes terapeutas reconocían lúcidamente que lo que llegaban a obtener del paciente hipnotizado no era, en modo alguno, debido a la habilidad del médico, sino simplemente al hecho de que el sujeto se autosugestionaba. Dedujeron, como fieles discípulos de Claude Bernard, el papel primordial de la sugestión sobre las enfermedades funcionales y sobre su tratamiento. Estas deducciones han sido reforzadas por el progreso de la neurofisiología y la neurobiología. El que la evolución de una enfermedad pueda depender de la convicción del enfermo en los poderes de su terapeuta, de un medicamento o de un tratamiento, es algo que ningún médico ignora. Esto muestra, igualmente, que los poderes del hombre sobre su cuerpo son mayores y más complejos de lo que la ciencia médica había aceptado inicialmente.

Este resorte secreto del hombre, que ilumina la sugestión terapéutica, produce su efecto en ocasiones en las que el ser humano queda súbitamente privado de sus facultades rasonantes para actuar solamente con el primitivismo de la condición pulsional colectiva. Autores como Gabriel de Tarde, Gustave Lebon y Elías Canetti, etc., han observado que un individuo aglutinado a la muchedumbre, actúa como si hubiera perdido la razón, hipnotizado por el discurso o el carisma de un jefe o por espectaculares puestas en escena. Han mostrado que el hombre podía someterse, en circunstancias particulares, a la esfera instintiva, abandonando la defensa de la razón y entregándose a la adhesión irreflexiva hasta llegar a la incapacidad en la deliberación.

Pero a diferencia del paciente que sabe que se somete a una terapia, el hombre, víctima del contagio mental, se imagina estar en plena posesión de su intelecto y actuar de perfecta conformidad con su razón. Al no poder distinguir las nociones que adquiere por la razón, de aquellas que han sido ancladas por la adhesión bajo la influencia del contagio mental, legitima sus motivaciones por el hecho de que su convicción entusiasmada le hace tomar por suyas ideas que no ha deliberado realmente.

Una mirada sobre la actualidad muestra cómo el contagio mental que se desarrolla tan bien en el interior de un grupo, de una muchedumbre, conduce a adhesiones inmediatas que conllevan a comportamientos aberrantes.

Muchos biólogos han visto que una de las principales características del cerebro humano, su maleabilidad, es un beneficio incuestionable que le permite progresar adaptándose, pero que puede tener efectos nocivos cuando una adaptabilidad muy grande se traduce en aceptaciones perpetuas. Es esta fantástica plasticidad lo que le ha permitido al hombre florecer en el seno de las rígidas civilizaciones ancestrales tan bien como en nuestra actual y ruidosa civilización tecnológica. Si el hombre ha podido progresar modificando poco a poco la imagen que se hacía del mundo y de sí mismo, para escapar a la fijeza del insecto aprisionado para siempre en sus conductas instintivas, es porque su neocortex le ofrece un campo de infinitas posibilidades que le permite plegarse a las limitaciones de cualquier ambiente sociocultural. El cerebro humano necesita una maravillosa maleabilidad combinatoria para adaptarse al molde particular del sitio geográfico y del momento en el que nace su poseedor. Pero esta adaptabilidad es también el instrumento de los condicionamientos y de las limitaciones propias de cada individuo.

En efecto, no es necesario ser neurobiólogo para darse cuenta de que las impregnaciones culturales que

han marcado inicialmente el cerebro del niño serán siempre las más vívidas y las menos susceptibles de ser modificadas en la edad adulta.

Si se reconoce que lo irracional —es decir las creencias— determina fundamentalmente al individuo y a las sociedades, y si se capta la potencia devastadora del contagio mental; si se admite que las terapias ligadas a la sugestión, al placebo, a las técnicas analíticas o a las prácticas mágicas están relacionadas con los mecanismos de autocuración, uno está obligado a aceptar esa función neurobiológica que es antropológicamente anterior y diferente de la que sostienen las capacidades rasonantes. Es por ello que propongo la teoría de un *creer* biológico que hunde sus raíces en el paleoencéfalo. Esto nos llevaría a explicar la constatación de Jacques Monod, que es también una señal de alarma: “Si la ciencia ha entrado en las costumbres, no ha penetrado en el hombre”.

Dentro de las explicaciones que las neurociencias brindan sobre lo humano, con el estudio del creer se abre un nuevo camino para la psiquiatría. Reconocer su biología es disponer de un nuevo medio de investigación en psicopatología.

BIBLIOGRAFIA

1. BERGSON H: *Les deux sources de la morale et de la religion*. PUF, París 1932.
2. CAMPBELL HJ: *Le principe du plaisir*. Stock, París 1975.
3. CANNETTI E: *Masse et puissance*. Gallimard, París 1966.
4. DROSCHE WB: *Les animaux savent vivre et survivre*. Laffont, París 1980.
5. DURKHEIM E: *Sociologie et philosophie*. PUF, París 1974.
6. FUSSWERK—FURSAY J: Crédivité et faculté de croire. *Ann Med Psy*. Mayo-junio, 1970.
7. FUSSWERK—FURSAY J: Esquisse d'une théorie des croyances. —d— *Ann Med Psy*, dic 1975.
8. JACOB F: *Le jeu des possibles*. Fayard, París 1981.
9. LE BON G: *Les opinions et les croyances*. Flammarion, París 1911.
10. LEVI STRAUSS C: *La pensée sauvage*. Plon, París 1962.
11. LHERMITTE J: *Le cerveau et la pensée*. PUF, París 1935.
12. LORENZ K: *L'homme dans le fleuve du vivant*. Flammarion, París 1981.
13. MACLEAN P D: Le cerveau limbique. *Confront Psych*, 1970.
14. MAC LEAN PD: Contrasting functions of limbic and neocortical systems of the brain and their relevance to psychophysiological aspects of medicine. *Am Journal Med*, 1958.
15. MONOD J: *Le hasard et la nécessité*. Seuil, París 1970.
16. TARDE de G: *Les lois de l'imitation*. Ressources, Ginebra, 1979.